

ejército de su vanguardia. Muy poco más tarde mereció los honores del proselitismo —‘un prosélito es todo lo contrario de un discípulo’—. Sus afines, usando los repetidos trajes que él, repitiendo sus mismas frases, acabaron por parecerse al grado de hacer imposible cualquier distinción personal. Con esto, y sin proponérselo, Manuel Maples Arce ha logrado crear una inconsciencia poética colectiva, un verdadero *unanimismo* muy semejante, si no fuera contrario, al que propuso en Francia Jules Romains. Lástima que esta conclusión no haya sido previamente anunciada por los estridentistas en sus sonoros propósitos. Aunque bien mirado, no es tarde para hacerlo⁶.

La querrela estaba planteada. Los dos grupos que con el pasar de los años serían contemplados como representativos de la vanguardia en México, comenzaban a perfilarse y reconocerse como irreconciliablemente antagónicos pero, al tiempo, diferentes de su entorno⁷.

Desde los primeros e inseguros pasos del juvenil grupo «Orchabada» que conjuntó a Enrique Ortega Flores, los hermanos Carlos y Eduardo Chávez, Octavio Gabino Barrera, Guillermo Dávila y, con menor frecuencia y apego, a Carlos Pellicer y Luis Enrique Erro, acercamientos y distanciamientos irían relacionando entre sí a aquellos que llegarían a designarse, por cómoda convención literaria, como el grupo de *Contemporáneos*. El grupo «Orchabada» solía reunirse en la casa de los Chávez ubicada en la Plaza de Santísima, hoy calle República de Guatemala. Pero el largo proceso de constante aglutinamiento de aquellos jóvenes escritores, acompañado de la tan frecuente creación y desaparición de revistas literarias propiciadas por el México posrevolucionario, no resultó tan determinante, a pesar de su indubitable importancia, como lo fue la Escuela Nacional Preparatoria⁸.

Es hecho generalmente aceptado que los jóvenes que hacia 1928 fundaron la editorial y revista *Contemporáneos* se fueron aglutinando mediante las siguientes fusiones parciales: primero, los nacidos entre 1897 y 1902 e incluye a Carlos Pellicer Cámara, Enrique González Rojo, Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza Alcalá y Jaime Torres Bodet. El siguiente grupo se constituyó a partir de 1917, reuniendo a los nacidos entre 1903 y 1904: Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Gilberto Owen y Salvador Novo. Ambos grupos se conocieron en la Escuela Nacional Preparatoria al iniciarse el año lectivo de 1917. Fue entonces cuando José Gorostiza llegó a la capital desde Aguascalientes y se acercó a los primeros. Novo llegó desde Torreón a la ciudad de México y de inmediato conoció a Pellicer y a Villaurrutia. Con este último formó lo que solía denominar la «generación bicápitate». También Samuel Ramos, quien publicó sus primeros trabajos importantes en *Contemporáneos*, arribó desde su natal Michoacán en 1917 para incorporarse a la Escuela Nacional Preparatoria. En 1921 se les sumó Jorge Cuesta, originario de Córdoba, Veracruz, y en 1923 el sinaloense Gilberto Owen, procedente de Toluca⁹. Entre julio y noviembre figuran ya reu-

⁶ Xavier Villaurrutia, «La Poesía de los Jóvenes de México», *Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, Salón de la Biblioteca Cervantes*, 29 de mayo 1924 (México: Antena, 1924), págs. 15-16.

⁷ Tal grado alcanzó el antagonismo entre ambos grupos que mucho tiempo después, en Cuba, Mañach todavía hablaba a favor de Maples Arce, en tanto que Lezama Lima lo hacía a favor de los Contemporáneos.

⁸ Este dato coincide con la mayor parte de las memorias de los protagonistas.

⁹ Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), pág. 160. Véase también César Rodríguez Chicharro, «Los Contemporáneos (1920-1932)», *Estudios de literatura mexicana* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1983), pág. 119 y ss.

nidos colaborando en la efímera revista *Antena* que fundó y dirigió Francisco Monterde.

Antes de ocuparnos de las querellas y distancias entre estridentistas y *Contemporáneos*, parece razonable tomar nota de algunos puntos comunes: ciertas predilecciones terminológicas y una perenne tendencia a instalarse en la «contemporaneidad», así como el recurrente uso de formas y artefactos de la vida «ultramoderna», son frecuentes en la obra temprana de ambos. También compartieron un reconocimiento admirativo hacia aspectos poéticos que debían a dos de sus predecesores, José Juan Tablada y Ramón López Velarde. Más aún, hacia 1926 los estridentistas publicaron en Xalapa el primer número de la revista *Horizonte* cuyo subtítulo la presentaba como una *Revista mensual de actividad contemporánea*. Un leve descuido y se hubieran anticipado —y hasta apropiado— del nombre de la revista que rotuló de manera definitiva al grupo antagónico.

Todas las escaramuzas anteriores resultarían menores al lado de la verdadera guerra de las antologías que se desencadenó en 1928 y no arreció hasta 1940. Hasta el día de hoy, los intentos de crítica ecuánime continúan sin dictaminar vencedores ni vencidos.

En un pequeño departamento que habían alquilado con anterioridad Salvador Novo y Xavier Villaurrutia para utilizarlo como «oficina» de la revista *Ulises*, ubicado en el N.º 10 de la calle Brasil 42, comenzaron a reunirse con cierta asiduidad Jaime Torres Bodet, Enrique González Rojo y Bernardo Ortiz de Montellano. Ocasionalmente, asistieron Bernardo Gastélum, Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia y Antonio Castro Leal. En aquellas reuniones —que se volvieron más frecuentes entre enero y abril de 1928— se elaboró —¿fraguó, perpetró?— «cuidadosa y arteramente»¹⁰, según palabras de Villaurrutia, la ya célebre piedra de interminable escándalo que fue la *Antología de la poesía mexicana moderna*, publicada a principios de mayo.

De los talleres de la editorial Cvltvra —en la calle República Argentina N.º 5— salieron los dos mil ejemplares, más trece numerados, fuera de comercio, para los amigos de la edición, que componían el tiro de la antología. Un sello editorial desconocido entonces y un escritor igualmente ignorado, se volvían ostensibles: *Contemporáneos* y Jorge Cuesta.

Se inauguraba en México una nueva tradición literaria: la guerra de las antologías, favorecida por las selecciones parciales y beligerantes, esas piedras de escándalo que hacían añicos los ordenados escaparates consagratorios y toda intención ecuánime. Pocos días después, el ingenio literario mexicano acuñó otra de sus definiciones perdurables: «La *Antología* vale lo que Cuesta».

La antología salió al mercado al precio, al parecer irrisorio, de tres pesos. El ejemplar de la revista costaba un peso. Durante largos años, en la añorada Lagunilla, los

¹⁰ Samuel Gordon y Fernando Rodríguez, «Un inédito de Pellicer», *La Gaceta* 200 (1987), págs. 11-13.

ejemplares de la Antología, de vivo color rojo, se cotizaban a un peso, o menos; los ejemplares de la revista, a veinte centavos... [En junio de 1928] La Antología de Jorge Cuesta se puso a la venta, y poco después aparecía el primer número de la revista.

El mes de julio estalló el escándalo... Vereo Guzmán encendió la mecha; en una semana, aquello parecía una fogata a campo raso, con gente seria avivando el fuego y audaces espontáneos echando leña a ciegas. De verdad, la Antología había cegado, indignado, abierto los ojos, irritado, enfurecido. A mucha gente, hoy, puede no importarle una colección de la revista, pero conocemos personas que gozarían con sólo tener un ejemplar de la Antología en sus manos. Y todavía arde, quema y tatema.

'Una antología que vale lo que cuesta', se tituló la nota de Guzmán aparecida en el número 949, página 16, de *Revista de Revistas*, con fecha de julio 8 de 1928. Y bien, la Antología costaba, como se ha dicho, tres pesos; pero la había hecho Jorge Cuesta. El juego estaba muy claro, y una de dos, o la Antología valía nada más tres miserables pesos, o valía lo que Jorge Cuesta en nuestra literatura. El costo de Cuesta, en aquellos meses de junio y julio, no estaba precisado. Como podía valer mucho, podía no valer nada¹¹.

Parece ya impostergable el examen de la antología que tanto revuelo causó. Comencemos por el prólogo de Cuesta que da la pista desde el inicio:

La parcialidad... es la que formó y aspira obtener cierta unidad para esta antología que hemos querido considerar como una perspectiva de la poesía mexicana... Muchos nombres dejamos fuera de esta antología. Incluirlos en ella habría sólo aumentado pródigamente el número de sus páginas y el orgullo de su índice. La poesía mexicana se enriquece, seguramente, con poseerlos; multiplica, indudablemente, su extensión; pero no se empobrece esta antología con olvidarlos¹².

A manera de manifiesto militante, la antología excluía de su selección nombres «intocables» como Juan de Dios Peza, Fernández Granados y Gutiérrez Nájera. Incluía con excesiva y ostensible desproporción a los novísimos poetas del flamante grupo. Es imposible soslayar la malevolencia implícita en la mayoría de las notas introductorias repletas de secretos códigos interpolados como «figuras de trasposición», donde la alusión se consuma, a veces, a varias notas de distancia de lo atacado u omitido; o mediante el sutilísimo procedimiento de la antinomia que opone frases o párrafos sucesivos y al cual el habla popular de México suele sintetizar en el consabido «sí, pero no». Pocos ejemplos más nítidos y breves, que la nota dedicada a Francisco A. de Icaza:

La distinción espiritual, el buen gusto, evitaron que Icaza se hundiera en los bajos fondos de la poesía. Su obra, ni demasiado corta ni demasiado larga (en lo que se refiere al verso) es de una discreción elegante. Su mérito flota a la manera de un globo cautivo: la cuerda que lo sujeta a la tierra le impide remontarse más alto, pero el hidrógeno que lleva en su interior lo libra de caer al suelo...

A pesar de ello, las nuevas generaciones lo salvan del olvido por una razón esencial de inteligencia. Como el globo cautivo, no está demasiado bajo para despreciarlo, ni demasiado alto para tomarlo como ejemplo. Es el término medio de la atmósfera del arte.

Preguntémosnos con Efraín Huerta: «¿Quién escribió la nota sobre Manuel Maples Arce, el más distinguido representante del estridentismo?». Huerta

¹¹ Efraín Huerta, *Aquellas conferencias, aquellas charlas* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1983), págs. 13-14.

¹² Jorge Cuesta, *Antología de la poesía mexicana moderna* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), págs. 39-40.